

Mensaje 79

Calcuta, India, 7 de noviembre del 2005

¡Que la vacuidad de la división termine para que la Vacuidad de la Divinidad sea!

La División en la conciencia encarnada crea un “yo” ficticio desde el campo de sus propios contenidos fragmentarios con sus interminables contradicciones y conflictos.

Separar un “yo” e imaginarlo fuera del propio campo es el principio del sufrimiento humano, del padecimiento, del dolor, los problemas, las fantasías y engaños. Este “Yo”, esta falaz fragmentación debida a los pesados condicionamientos generación tras generación, asume la autoridad y empieza a interferir con los otros contenidos fragmentarios del campo básico de la conciencia corporal.

Tanto la conciencia de base como este “yo” están constituidos por los mismos ingredientes y añadidos, producto de los registros de su vasta memoria —de intereses psicológicos reales o ficticios, positivos o negativos— que posibilitan el surgimiento de la vanidad e intereses creados. Y eso no lo vemos ni lo comprendemos.

El “yo” se muestra siempre separado del campo básico de los contenidos de la conciencia. Esta dualidad genera un mezuino y vacuo ego que actúa como mecanismo protector tanto del “yo” como de los contenidos de la conciencia. Cuanto más contenidos hay, más se fortalece el “yo”. Y cuanto más se consolida el “yo”, más son los contenidos que exige. Y así da comienzo el eterno desespero del ego en busca de satisfacer toda clase de deseos.

Un deseo —satisfecho o frustrado— es la raíz de más deseos. De este modo, la sagrada vida es desperdiciada en la ciénaga del desear y preocuparse, del obtener y mantener.

El miedo, los sistemas de creencias, las dependencias, los consuelos y seguridades, las emociones, los sentimientos, los conflictos, las batallas, las incomodidades y las enfermedades se siguen una tras otra o se presentan simultáneamente destruyendo el sistema nervioso y, por ende, causando la atrofia del cerebro. Todo esto es consecuencia de la superficial vacuidad de la dualidad humana en un muy limitado tiempo y espacio. Encerrarse en esta superficial vacuidad no nos permite darnos cuenta de lo que nos estamos perdiendo: la autenticidad de la inmensa vacuidad la cual es completamente distinta de nuestra vacuidad conceptual expresada como tiempo y espacio entre dos objetos. La vitalidad de esta eterna y existencial vacuidad es la Divinidad. Es una Inteligencia suprema desencarnada, pero digital, que a la vez es una tremenda energía. La Vacuidad se da cuenta de ello. Tú —con todas tus ocupaciones, obsesiones y oscuridades— tan solo puedes buscarla, ¡pero nunca la encontrarás!

El ficticio “yo” —un fragmento en el campo de la conciencia encarnada— intenta desesperadamente perpetuarse y perdurar. Este es el origen de la perversión teológica de las religiones. La dualidad en la conciencia corporal se difunde a todos los niveles de los asuntos humanos — el familiar, el social, el nacional, el internacional, el religioso, el divino, etc—. Este es el origen de la tragedia y la miseria humana.

¿Puede esta dualidad ser disuelta? ¿Puede haber una fusión entre el pensamiento y el pensador, entre el observador y lo observado, entre el espectador y el espectáculo, entre el experimentador y lo experimentado? ¿Puede acontecer una mutación entre yo y mi mente? ¡Sólo así podrá manifestarse lo más sagrado!

¡Gloria a los Sagrados Himalayas!